Domingo XXII del Tiempo Ordinario

¿De qué le sirve ganar el mundo entero... ?
Mt 16, 21-27

Estropear la vida ante el sufrimiento
¿Fe congelada? Contra la muerte del espíritu

CONTRA LA MUERTE DEL ESPÍRITU

Es un Manifiesto diferente. Lo lanzaron hace unos años el escritor colombiano, Álvaro Mutis, premio Cervantes y el editor Javier Ruiz Portella. No está redactado para denunciar políticas, repudiar injusticias económicas o protestar contra actividades sociales específicas. Su voz quiere alertar sobre algo más profundo y más grave: el riesgo de que quede aniquilada la vida del espíritu.

Según el Manifiesto, una «profunda pérdida de sentido conmueve a la sociedad contemporánea». Todo se ha reducido a «preservar y mejorar la vida material». Muchos viven sólo para trabajar, producir, consumir y divertirse. El fondo del problema está en que el hombre se ha proclamado no sólo «dueño de la naturaleza», sino también «dueño y señor del sentido».

Para los autores del Manifiesto, lo que peligra hoy no son los beneficios materiales alcanzados por la ciencia y la técnica, es la vida del espíritu la que se ve amenazada. La pregunta de fondo es ésta: «para qué vivimos y morimos nosotros, los hombres que creemos haber dominado el mundo..., el mundo material, se entiende?, ¿cuál es nuestro sentido, nuestro proyecto, nuestros símbolos..., estos valores sin los que ningún hombre ni ninguna colectividad existirían?, ¿cuál es nuestro destino?» Si ésta es la pregunta que da sentido a cualquier civilización, hoy tendríamos que decir que «nuestro destino es estar privados de destino, es carecer de todo destino que no sea nuestro inmediato sobrevivir». Lo más angustioso es que, salvo algunas voces aisladas, la muerte del espíritu «parece dejar a nuestros contemporáneos sumidos en la más completa de las indiferencias».

Mientras leía el Manifiesto, resonaban en mí las palabras de Jesús: «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida? o ¿qué podrá dar para recobrarla?»

Este texto, traducido de manera incorrecta, ha sido leído en estos términos: ¿de qué le sirve al hombre ganar este mundo si al final pierde su alma y se queda sin la vida eterna? Las palabras de Jesús tienen otro sentido: ¿De qué le sirve al ser humano ganarlo todo si se pierde él? Hay algo de valor infinito en la persona, que, si se pierde, no puede ser recuperado con nada.

El Manifiesto habla también de un sentido y un misterio que transciende al ser humano y que hoy se está olvidando. Sin tomar una posición religiosa, los firmantes se preguntan, sin embargo, si no hemos de plantearnos, sobre bases radicalmente nuevas, «la cuestión que la modernidad había creído olvidar para siempre. la cuestión de Dios».

ESTROPEAR LA VIDA

Casi sin darnos cuenta, hemos construido una sociedad donde lo importante es «obtenerlo todo y ahora mismo».

Una educación excesivamente permisiva, una falta casi total de autodisciplina, un ambiente social lleno de estímulos que nos empujan sólo a ganar, gozar, gastar y disfrutar, el miedo a no vivir intensamente, el temor a aparecer como fracasados y reprimidos... nos está llevando a un estilo de vida donde la renuncia no tiene ya lugar alguno.

Pero comenzamos a constatar que no es ése el camino acertado para vivir en plenitud.

Cuando, sistemáticamente, vamos satisfaciendo nuestros deseos de manera inmediata, no crecemos como hombres. No acertamos a saborear con gozo la satisfacción obtenida. Nuestro espíritu no se aquieta. Siempre surge un nuevo deseo más apremiante y excitante que el anterior.

Y comenzamos a vivir en tensión, sin saber ya cómo saciar nuestros deseos e insatisfacciones cada vez más voraces. Y la existencia se nos convierte en una carrera alocada donde lo único que nos llena es tener siempre más y disfrutar con mayor intensidad.

Y tras la satisfacción lograda, de nuevo el vacío, el decaimiento, la tristeza y el hastío. Y de nuevo, vuelta a empezar, atrapados en una trampa que no tiene salida hacia la verdadera libertad.

Quizás esta experiencia nos puede ayudar a entender mejor las palabras de Jesús: «¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla?».

Lo queramos o no, el hombre madura y crece, cuando sabe renunciar a la satisfacción inmediata y caprichosa de todos sus deseos en aras de una libertad, unos valores y una plenitud de vida más noble, digna y enriquecedora.

Todavía más. Si uno quiere obtenerlo todo ahora, inmediatamente, a cualquier precio y de cualquier manera, sin abrirse a una vida futura, eterna y definitiva, corre el riesgo de perderse definitivamente.

¿No hemos de introducir en nuestras vidas una dosis mayor de renuncia, sana austeridad y simplicidad en el vivir?

El que quiere seguir a Jesús hasta la plenitud de la resurrección ha de saber vivir de manera crucificada.

¿FE CONGELADA?

...y me siga

Creer en Dios no es algo estático, una manera de pensar o de sentir que se conserva congelada en algún rincón interior de la persona. La fe consiste en vivir confiando en Dios, y la vida es la vida; no se congela en ningún momento; está llamada a crecer y desarrollarse. Cuando se vive ante Dios, no es posible quedarse siempre en el mismo punto. El creyente busca siempre vivir con más hondura. Repiensa las decisiones pasadas y toma otras nuevas. Trata de vivir siempre con más coherencia y dignidad. Lucha, cae, se arrepiente, vuelve a empezar... pero no permanece inerte.

Por eso, ser cristiano no consiste sólo en evitar el pecado. En nuestras vidas siempre hay pecado porque hay arrogancia, egoísmo, orgullo, exclusión del otro, acaparamiento y muchas cosas más. El creyente no es perfecto, pero es de corazón inquieto. Su fe le lleva a reconocer su pecado para reaccionar, levantarse, reorientar su vida, crecer.

Los primeros cristianos nunca entendieron su fe en Cristo de manera estática y repetitiva. Pensaron más bien en un proceso de crecimiento constante. Para ellos, ser cristiano consiste en «seguir» a Jesús, caminar tras sus huellas, aprender a vivir como él, reproducir su estilo de vida sencillo, fraterno, cercano al sufrimiento ajeno, abierto a la confianza en Dios.

Por eso, cuando se nos pregunta si somos cristianos, no deberíamos responder sin más: «Sí, soy cristiano». Deberíamos decir: «Me voy haciendo cristiano», «estoy tratando de seguir con más verdad a Cristo», «no quiero que se me escape la vida sin aprender a vivir como Él». Con este lenguaje modesto y realista solía hablar K. Rahner, uno de los teólogos más lúcidos del siglo veinte.

Ciertamente, es arriesgado y exigente seguir a Cristo: no se puede servir al Dios de Jesús y dedicarse sólo a ganar dinero; no es posible enfrentarse al futuro como él y volver la mirada atrás; se corre el riesgo de verse sin apoyo donde reclinar la cabeza. Pero es una manera apasionante de entender y afrontar la vida. A pesar de su mediocridad, el verdadero creyente se da cuenta de que nada ni nadie podría poner un estímulo más vigoroso y una fuerza más apasionante en su vida que este planteamiento de «seguir»» a Jesús. Un planteamiento que nunca se sabe exactamente hasta dónde nos puede llevar.

ANTE EL SUFRIMIENTO

Que cargue su cruz y me siga

Pocos aspectos del mensaje evangélico han sido tan distorsionados y desfigurados como la llamada de Jesús a «tomar la cruz». De ahí que no pocos cristianos tengan ideas bastante confusas sobre la actitud cristiana a adoptar ante el sufrimiento.

Recordemos algunos datos que no hemos de ignorar si queremos seguir al Crucificado con mayor fidelidad.

En Jesús no encontramos ese sufrimiento que hay tantas veces en nosotros, generado por nuestro propio pecado o nuestra manera desacertada de vivir. Jesús no ha conocido los sufrimientos que nacen de la envidia, el resentimiento, el vacío interior o el apego egoísta a las cosas y a las personas.

Hay, por tanto, en nuestra vida un sufrimiento (según los expertos, puede llegar en algunas personas al 90% de su sufrimiento) que hemos de ir suprimiendo de nosotros precisamente si queremos seguir a Cristo.

Por otra parte, Jesús no ama ni busca arbitrariamente el sufrimiento ni para El ni para los demás, como si el sufrimiento encerrara algo especialmente grato a Dios.

Es una equivocación creer que uno sigue más de cerca a Cristo porque busca sufrir arbitrariamente y sin necesidad alguna. Lo que agrada a Dios no es el sufrimiento, sino la actitud con que una persona asume el sufrimiento en seguimiento fiel a Cristo.

Jesús, además, se compromete con todas sus fuerzas para hacer desaparecer de entre los hombres el sufrimiento. Toda su vida ha sido una lucha constante por arrancar al ser humano de ese sufrimiento que se esconde en la enfermedad, el hambre, la injusticia, los abusos, el pecado, la muerte.

El que quiera seguirle no podrá ignorar a los que sufren. Al contrario, su primera tarea será quitar sufrimiento de la vida de los hombres. Como ha dicho un teólogo, «no hay derecho a ser feliz sin los demás ni contra los demás».

Por último, cuando Jesús se encuentra con el sufrimiento provocado por quienes se oponen a su misión, no lo rehúye, sino que lo asume en una actitud de fidelidad total al Padre y de servicio incondicional a los hombres.

Antes que nada, «tomar la cruz» es seguir fielmente a Cristo y aceptar las consecuencias dolorosas que se seguirán, sin duda, de este seguimiento.

Hay rechazos, padecimientos y daños que el cristiano ha de asumir siempre. Es el sufrimiento que sólo podríamos hacer desaparecer de nuestra vida dejando de seguir a Cristo. Ahí está para cada uno de nosotros la cruz que hemos de llevar detrás de él.